

## UN TAXI AMARILLO Y NEGRO EN PAKISTAN

Por cierto, nací aquí, en Buenos Aires, pero soy el disimulado extranjero que habla su lengua y comparte ese inmenso pan, que es el tedio nacional. En verdad, no dejo de estar siempre en otra parte por voluntad y ejercicio de toda mi vida. Me voy, claro que me voy, especialmente cuando aquí me quedo. En cambio, si me encuentro lejos, cordillera u océano por medio, recorro estas calles con dolor de enamorado olvidado, o engañado, al estilo del mejor tango argentino.

He convivido con chilenos, carlocas, parisinos, madrileños, vietnamitas, chinos y polacos. De toda la gente conocida, ninguna es más misteriosa que la de Buenos Aires, en especial cuando plétórica de proteínas, inquieta y fastidiada la mirada, alcanza el pensamiento amargo del colonizador que llegó tarde, o llegó a destiempo, o no llegó a ninguna parte: una agresividad contenida que le hace tocar bocina sin parar y le quita cualquier posibilidad, cercana o remota, de hablar alguna vez en voz baja.

Ocurre que me siento en cualquier lugar de la ciudad y tomo mi café, denso como el betún y atornasolado como una charca podrida de Dock Sur. Raspa el gaznate, pero también hace palpar el corazón y acelera el reloj detenido por el hastío. Me hace creer que la muerte dejó de seguirme. Ahí quedé detenida en una esquina, husmeando como un perro los orines al pie de un buzón.

Lejana esa esquina, muchísimo más lejos que París y Pekín, pues hubo por medio una espantosa cordillera, atravesada sobre un viejo «Studebaker» que rateaba y tosía en las alturas de los Andes. Una esquina en Santiago de Chile, calle San Diego, en el cruce con Eleuterio Ramírez: un buzón donde todas las noches apoyaba su muleta una famosa patinadora, como allí llaman a las yiras, una patinadora con una sola pierna. Por esa puta de una sola pata y cientos de otras patinadoras le llamaban *Elútero*, en vez de Eleuterio, a esa calle de pirringundines y boliches de mala muerte. Por allí los carabineros iban en parejas y trataban de pasar de largo, ¡nunca un carabinero solo!, y por esa misma razón me pareció que no se atrevía a transitar la

muerte (ya que siempre anda sola) por esas siniestras borracheras, y sí lo hacían por montones los perros vagabundos y los niños que venían a mendigar o vender cualquier cosa: un anillo de oro (por supuesto, falso) que juraban haber hurtado —¡ahorita nomás!— a su pobre madre, o bien se ofrecían a conducirnos hasta una clandestina casa de putas —*¡puras cabritas!*— animada por dos viejas geniales: una cantaba antiguas melodías chilenas, y la otra tañía el arpa: en el remate de sus largas vidas de putas se empeñaban en acariciar el alma.

Eran esas viejas avezadas en el trato de hombres, y de ningún modo las cabritas supuestamente inexpertas quienes sabían tranquilizarme del hecho de encontrarme en un país y en una ciudad donde nadie me había llamado.

Eso justamente me arrancó de mi ciudad siendo muy joven: el miedo a la muerte. Por supuesto, la encontré en cualquier lugar, comenzando por la festiva Río de Janeiro. Porque todas las ciudades, quiero decir las grandes ciudades (las pequeñas no cuentan para mí), son una sola ciudad, aunque sus putas usen una o dos piernas y se produzcan otras irregularidades que llamamos diferencias. Y del mismo modo, también la muerte es la misma de esta mi ciudad. Tengo esa seguridad porque la encontré no hace mucho en un taxi amarillo y negro en Karachi (Pakistán).

El salto fue demasiado largo, aun para ese «Boeing» que volaba con la bandera roja de la Compañía China de Aviación pintada en la cola. Pues el vuelo Pekín-Karachi es demasiado largo para hacerlo de un tirón. Aterrizamos al final de esa noche interminable que se estiró desde el norte de China hasta Pakistán. Fue una maniobra aterradora por lo chirriante, como si hubiésemos aterrizado fuera de la pista.

Atrás de mi asiento un francés protestó que ya le había ocurrido algo igual en otro viaje. Opinó que la culpa era del piloto chino, seguramente más acostumbrado a las bruscas maniobras de un *ming* de caza que a la lentitud que exige un «Boeing» repleto de pasajeros. Dejamos, pues, de volar en esa noche que no terminaba nunca (porque la perseguíamos a mil kilómetros por hora): se impuso el rumor sobre una avería cuando amanecimos en el aeropuerto internacional de Karachi.

Sentados en largas filas de butacas en el Inmenso salón, nos brindaron el interminable desfile de pasajeros de todo el mundo. Aviones del Japón y de Filipinas, de la India y de Australia, Karachi —¡Karajo!— se reveló el ombligo del mundo. Aquí se cambiaban las tripulaciones de todos los vuelos al Extremo Oriente. Equipos frescos

y almidonados suplantaban a los que llegaban fatigados a muerte. Azafatas de uniformes azul marino de la Air-France y las lechosas holandesas de la KLM en competencia con las morenas pakistanas envueltas en gasas: las más bellas y graciosas resultaron ser las tripulantes de la línea thailandesa.

A cada momento irrumpían los aluviones de pasajeros amodorrados por esos recorridos inhumanos: viejas urracas americanas, tropel de alemanes, turistas rejuntados por todo el mundo sudaban la gota gorda en ese campo de concentración de los caídos del cielo. Todos desfilaron por la exposición y venta de artesanía local, y finalmente, por turno, todos partieron, todos menos nosotros, los del avión chino.

El sol ya calentaba a blanco la mañana pakistana. Los europeos se veían abrumados con sus zapatones y sus pesadas cargas de implementos turísticos. Entonces apareció una nueva y pintoresca avalancha. Otros tipos, frutos de esa tierra y ese clima: hindúes con sandalias y túnicas vaporosas, con tales pintas de falsos profetas que daban ganas de rejuntar urgentemente las pertenencias que de a poco habíamos dejado dispersas por el salón. (Costumbre que se explicaba porque veníamos de China y viajábamos con chinos.)

La presencia masiva y reveladora de pasajeros hindúes despertó en mí la inquietud sobre esa curiosa proclividad hinduista que en su época caía tan bien a nuestros grandes pensadores locales. Ejemplaricemos con Victoria Ocampo y Adelina del Carril. ¿Hay derecho de negar la menor espiritualidad de los morenos de nuestras provincias y cargar la romana a favor de los cobrizos del subcontinente asiático? ¡Con esas caras de pícaros que tienen!

Cierto que todo fue un invento de los ingleses. Según Scalabrini Ortiz, tuvieron la culpa de todo lo que nos ocurrió antes y después de las invasiones Inglesas. Resulta extraño que el autor de *El hombre que está solo y espera* omitiera la acusación de la proclividad hindú y esa común adoración al vacuno: a la sagrada vaca hindú muerta de hambre y a nuestra opulenta vaca nacional. (Nuestro país es el único occidental donde la palabra vaca no es ofensiva, ni siquiera peyorativa, como ocurre desde Francia a Chile, y obviamente China, donde se burlan del blanco por tener ojos de vaca.)

Si bien es cierto que los ingleses comenzaron esa confusión sobre la espiritualidad de los hindúes, hay que aclarar que eso ocurrió cuando fueron los dueños absolutos de la India. Todo colonizador idealiza a sus colonizados mientras éstos se portan bien. ¿Por qué no los elogian e idealizan ahora? Se ríen sin ningún disimulo de esos

santones reproducidos al infinito gracias a sus divulgadas y exhaustivas artes eróticas. Hindúes y pakistanos *go home!*, claman en Londres, seguramente con alguna razón.

A medida que avanzaba el calor de la mañana y desaparecía toda sospecha de que soplara la menor brisa, aparecieron en su real *habitat* los dueños de casa. No tardaron en llenar con todos los colores el aeropuerto para abordar los vuelos locales de sus aviones PIA (Pakistan International Airlines), tan pintados de verde que parecían loros gigantescos.

En verdad esa gente es fabulosamente expresiva. Comparados con ellos, un gitano del Sacromonte granadino y un mulato del morro carioca pueden pasar por nórdicos tan medidos como destefidos. Más teatrales que italianos meridionales, los hijos de Pakistán impresionan con sus ojos realmente sensacionales en mujeres de toda edad, e igualmente en niños, hombres y ancianos. Como temiendo no expresar debidamente la pasión de sus cuerpos de metálico moreno, acentúan en cualquier edad y circunstancias el arte de pintarse los ojos hasta transformarlos en máscaras patéticas y fantasiosas: un hombre con la cabellera teñida de colorín y los ojos cubiertos de hollín llevaba en brazos a una criatura enojada, envuelta en collares de rosas, exageradamente maquillada como una niña diosa o una minúscula prostituta.

Y pasan mujeres elegantes, seguramente con los ojos bien pintados, pero sin mostrarlos. En la oscuridad de sus rostros escondidos dejan escapar destellos a través de las mirillas de sus velos blancos o negros. Lucen vaporosas túnicas bordadas que insinúan ondulaciones en los pasos deslizantes de quienes jamás caminarán con esos ademanes de jugadores de fútbol de las occidentales sobre sus altos tacos.

Hombres y mujeres de Pakistán tampoco pueden viajar, pues anunciaron la suspensión de todos los vuelos. Es mediodía: hace tanto calor en las pistas del aeropuerto que se enrareció el aire y resulta peligrosa toda tentativa de levantar vuelo.

Ese terrible calor obligó a mis compañeros de viaje, casi todos ellos chinos, a desabotonarse las uniformadas chaquetas: las elegantes color gris perla y las corrientes azules. Uno de los chinos, posiblemente oriundo del helado Norte, cometió la loca indisciplina de quitarse la chaqueta. Descubro entonces que no tiene camisa, solamente lleva una camiseta de algodón, pero en lo alto luce una exigua pecherita con un cuello que asomaba en la chaqueta. Es un funcionario, quizá un técnico, o diplomático, que tomó muy en serio el re-

clamo de austeridad enunciado tantas veces por Mao Tse-tung. Seguramente ha visitado la nueva ala del Museo Histórico de Pekín, dedicado a la vida de Chou En-lai, y donde puede admirarse el trozo de gastadísima tela, convertida ya en pura hilacha, que le sirvió de sempiterna toalla en su despacho de primer ministro.

Y de esa hilacha retomo el hilo: ¿Son los hindúes más espirituales que los chinos y/u otros pueblos? Me río al igual que los ingleses. El Mahatma Gandhi frenó a su pueblo con su chiva y su pasividad; otra Gandhi, la Indira, gobernó bajo la más feroz represión. El culto a la pasividad y el ejercicio de propinar palos son la cara y ceca de una misma moneda: un pueblo expollado por los de afuera y los de adentro. ¡Que los admire su abuela!

A todo esto, el agente de la Compañía china ha dedicado su tiempo a largos cabildeos con morenos funcionarios de gestos lánguidos y marcadas ojeras. Tras interminables consultas telefónicas se produce el milagro: ¡Nos llevan a un hotel del centro de Karachi! Es la peor hora de la tarde, pero estamos hambrientos y muertos de sueño, repletos de gratuitas coca-colas y naranjines, con más gases en la panza que un globo cautivo.

Formamos una fila impaciente y dejamos el pasaporte, los tiramos a la marchanta, como el alma al diablo a cambio de una cama y un plato de morfi a esos guardiánes teatralmente bigotudos y feroces, con sus fusiles en banderola y sus camisas caquis arremangadas.

Pregunté si podíamos cambiar algunos dólares en piastras, pero intervino el francés:

—No cambie un solo dólar. Así tengamos que pasar una semana entera en Karachi, o un mes si es debido; la compañía tiene que pagarlos todos los gastos, paseos inclusive, y teatros, oh la la lá! —terminó con festiva entonación.

Subimos al ómnibus, que nos llevó a la ciudad. La carretera era tan amplia como el cielo que ardía encima, transitada por un hálito de horno y por el tráfico más pintoresco que pueda uno imaginarse. Se puede pensar en el Nápoles antiguo, con sus carricoches decorados por esa tradición popular que heredaron los fileteros porteños. Pero en Karachi llegaron al extremo límite al pintar los ojos y todo vehículo que ande sobre dos, tres o cuatro ruedas. Una decoración psicodélica producida por una droga que aquí no se compra: simplemente se la respira en ese viento caliente que llega del mismo infierno.

De pronto surgió la mole de cemento del *International Hotel*. Aquí todo el dinero de Pakistán sirvió para comprar todo el frío del mun-

do. Zumbaba la caracola de un omnipresente refrigerador. Despreciamos las camas para lanzarnos al asalto de la comida. En el último piso nos apretujamos en un comedor con ventanales sobre las tejas rojas de un barrio residencial de Karachi. Ya habían dispuesto varias mesas recubiertas de las más diversas fuentes. Ensaladas tropicales, variedades de carnes y pescados, arroces y tallarines con salsas occidentales y orientales, pero todo frío, absolutamente helado, como tocado por la muerte.

Lo más barato que podía encontrarse en Karachi era el calor, absolutamente gratis el fuego del sol de Pakistán. Por eso el gran hotel nos atosigaba con ese aire polar y esas comidas heladas que harían pagar con buenos dólares a la Compañía China de Aviación. Y de mis tripas surgía una plegaria: ¡Alguna sopita caliente, por amor de Dios! Uno de esos calditos donde nadan huevos de paloma, o de codornices, o etéreos fideos como hilos transparentes que aparecen en sopas que son descansos y vueltas de páginas en la interminable lectura de un banquete chino.

Con la panza helada fui a dormir la siesta en mi habitación. NI pensar hacerlo. Ahora zumbaba más alto, como una bomba pronta a estallar, el furioso moscardón del gigantesco refrigerador que sacudía la mole del hotel. Imposible abrir una ventana: estaban clavadas, clausuradas, para no perder un ápice de ese frío que era el principal lujo del *International Hotel*. Podía uno, en pleno trópico, convertirse en una barra de hielo. A esto conduce la agresiva técnica occidental en el sumiso Tercer Mundo.

Bajé al *hall* y pregunté al galardoneado *concièrge* por el *zoco*, *le quartier populaire*, *the popular village*, cualquier cosa. El uniformado, de inmensos y retocados ojos soñadores, no hizo el menor ademán para señalar cualquier dirección. En cambio, de inmediato, fui rodeado por una muchedumbre de guías y choferes. Me abrí camino desesperadamente y salí a la calle. Respiré a bocanadas el aire caliente y familiar del estío carioca y del asfalto recalentado de mi ciudad. Recorrí unos cincuenta metros, que no es poca distancia para andar solo en Karachi o en cualquier otra capital del mundo. Allí me detuvo un espectáculo tan singular como conocido en el mismo jardín del hotel. Un pakistano reseco de sol, con su túnica color caca y su obvio turbante mugriento, encucillado frente a un canasto de mimbre. Me vio llegar, e inmediatamente sacó una flauta de sus andrajos y comenzó a tocar una melodía aprendida seguramente de alguna película americana. Al son de esa música una inteligente serpiente

asomó la cabeza del canasto y empezó a incorporarse, no olvidando de sacar la lengua y moverla como seductora hetaira.

El tal derviche extendió los dedos de la mano:

—*Five dollars.*

No respondí nada, y entonces propuso:

—*Three pounds.*

Pudo haber seguido pidiendo francos o marcos, pero respondí con el mejor de los esperantos: el ademán chaplinesco de palparme los bolsillos y dando vueltas las palmas de las manos indicar que los tenía vacíos de cualquier dólar y la menor piastra.

El oriental comprendió claramente mi gesto: cortó a seco esa melodía que amenazaba estirarse sin fin, y la inteligente serpiente, sea por interpretar ella también mi gesto, o por falta de estímulo musical, volvió a sumergirse en el fondo del cesto.

Pretendía, pues, conocer Karachi por mis propios medios. No pude llegar más lejos que la primera esquina. Un automóvil frenó en elíptica maniobra para cortarme el paso. Tuve que detenerme y enfrentar a ese coche que estuvo a punto de atropellarme. Se trataba, una vez más, de la rutinaria caza del turista. Pero un detalle me dejó anadado. El tal taxi no estaba decorado con esos estrafalaríos colorinches que inundan las calles, sino que simplemente lucía los colores reglamentarios de los taxis de mi ciudad: amarillo el techo y negro lo demás. Y el chófer me sonreía con un gesto que no era nada diferente al de un pícaro porteño en busca de un gil. Me dirigía el untuoso ademán para que subiese a su carromato, ponía los ojos en blanco y exponía su envidiable dentadura. Quedé clavado, vacilando entre seguir mi camino o volverme al hotel. ¡Pero jamás pensé subir a ese taxi que era igual a cualquier otro de Buenos Aires! Tomar un taxi de Buenos Aires en Karachi es cortar un viaje para siempre. ¿Cortar el viaje de la vida? ¡Ojo con ese chófer! Capaz de llevarme al barrio de Almagro donde comenzó mi vida, y entonces terminar este viaje y todos los viajes iniciados en la calle Potosí de mi remota infancia.

Preferí no alejarme de la mole protectora del *International Hotel*. Mejor dejar al borroso futuro la visita al zoco de Karachi. Simulé un distraído gesto de incomprensión para desoír la invitación del moreno chofer. Sentía desintegrarme en la tarde pakistana y me volví para dormir la siesta en el hotel.

Al entrar en el dormitorio me cayó encima el brutal moscardón de la refrigeración, pero alcancé a dormir varias horas. Cuando me despertaron tiritaba de frío. Ya era noche y el avión chino reanudaba su vuelo a París.

Me fui sin conocer el zoco de Karachi, pero en cambio me llevé una gripe de órdago, que después de pasearla por Francia y España me siguió fielmente hasta mi país.

*BERNARDO KORDON*

Santa Fe, 1034  
1123 Buenos Aires  
ARGENTINA